

—mezcla siempre habrá—, el «tradicionalismo» humano de la tradición divina, el Dios de la revelación —manifestado en la persona, «hechos y dichos» de Cristo Jesús—, de los ídolos y mitos creados a imagen y semejanza del hombre de todos los tiempos —en cada tiempo se manifiesta una faceta, aunque se haga en nombre de Dios—, el cristianismo aparecerá más auténtico, se acercará más a la perfección trazada por Cristo, hará más presente y vibrante el reino de Dios.

Además, al cristiano le brinda la oportunidad de ser más fiel a su época, le facilita el poder colaborar con más eficacia y responsabilidad a la aparición del «hombre nuevo», más divino y más humano. Es el camino emprendido, y a marchas forzadas, de un modo oficial desde el Concilio Vaticano II. Espero que si no pierde el ritmo iniciado, el año 2000 amanecerá con un cristianismo

—“Por eso yo creo en el Dios que se revela normalmente en el acontecer de cada día y, rara vez, en sucesos extraordinarios, llamados milagros”.

más luminoso, más universal —de hecho—, más alegre; en una palabra, más a la medida de Cristo y del hombre a quien tiene que salvar.

—Padre: ¿cree usted en Dios? ¿Cómo es el Dios en que usted cree?

—Aunque parezca una paradoja —soy profesional de la religión—, no me extraña tu pregunta. Es demasiado profunda, vital, para despacharla con un desprecio superficial o una fórmula teológica, para salir del paso. Bastaría decir: creo en el Dios trino y uno. Ya está... ¿Complacido? No. No es eso lo que preguntas. No es esa la respuesta que puede satisfacerte. Desde el momento en que me he comprometido a responder a tus preguntas —aunque a veces da la impresión de que pretendas saber demasiado— quiero hacerlo con honradez y sinceridad.

Dos caminos erizados de dificultades, penosos, me llevan a vislumbrar cada vez con más claridad, a medida que avanzo, al Dios desconocido del que nos habla Pablo de Tarso y en el cual creo sin ver.

Al observar la naturaleza que se diversifica y se concreta en multitud de seres, vidas que aparecen y desaparecen, precisión insospechada, orden perfectísimo, pequeñas maravillas..., pregunta mi razón: ¿acaso esa multiplicidad, precisión, fugacidad, pequeña perfección, que tanto espectadores como actores encontramos dada, sin que haya sido objeto de nuestra elección, planificación ni puesta en marcha, digo, ¿es posible que esta fugacidad en el orden y maravilla que descubrimos aquí y allá sea capaz de agotar toda la realidad o más bien es el camino que me lleva de la mano como a un niño hacia el Uno, Principio sin principio, Inmutable, Ordenador, Eterno. Ser increado,

de perfección sin límites tanto en su ser como en su obrar? Y a veces, como relámpago en la noche, creo vislumbrar al gran desconocido, autor de la misma chispa luminosa que vuelve a apagarse en mi mente. Entonces parece de nuevo ocultarse después de haberlo encontrado. Todo ello como si fuera un juego. Como si me obligara a estar siempre buscándolo.

El otro camino, la fe. No menos arduo que el anterior, a pesar de haber sido trazado por el mismo Dios, aunque comprendo que el origen de la dificultad radica no ya en el diseño divino, sino en la plasmación humana, que a veces desconcierta por el poco parecido que tiene respecto al modelo.

Conocido como «a través de un espejo y oscuramente» (I Cor, 13, 12), el Dios de la fe se manifiesta como autor del orden sobrenatural, al tiempo que del orden natural, sin defecto, exclusividad o contradicción entre ambos planos. Por eso yo creo en el Dios que se revela normalmente en el acontecer de cada día, y rara vez en sucesos extraordinarios, llamados milagros. De ahí que donde brille la verdad, la belleza, la justicia, la libertad, el amor, todo lo que denota perfección, allí está Dios, el único Dios en el cual yo creo. Ese Dios que se acerca al hombre de un modo experimental en Jesucristo. Es el Dios que no necesita de mí y que yo tengo absoluta necesidad de Él, y por eso se hace hombre sin dejar de ser Dios. No es un Dios de represalias, de venganzas, que se responsabilice de nuestras ruindades, aunque a veces tengamos el descaro de hacerlas en su nombre. Es el Dios que no tiene acepción de personas, que no se reduce a un pueblo, raza o cultura. Es el Dios que se ha reservado el derecho de juzgar según toda la verdad y por encima de todo juicio humano. No es un Dios tenebroso, terrorista y quejumbroso, amigo de situaciones truculentas. Es el Dios del amor, que ni la misma cruz que el odio atraviesa en el camino le detiene en su entrega salvadora, que está más allá del dolor y de la muerte, que es la expresión de su limpio

SIEMBRA

Revista mensual de la Parroquia de la
Asunción de Nuestra Señora

Director:

José Antonio Fernández Rodríguez

Redacción y Administración:
Reyes Católicos, 22

Impresa en:

Imprenta Rodríguez, Manzanares

 Gral. Sanjurjo, 5 - Año 1969

Dpt.º Legal, CR. 48 - 1968